

Diócesis de Jaén  
Curso Pastoral 2021-2022  
Fase Diocesana del Sínodo 2023  
Primer encuentro sinodal  
**FIELES AL ENVÍO MISIONERO**  
Octubre de 2021  
Guion para la preparación personal



La sinodalidad es un camino con dos direcciones: la dirección de ida es la escucha; la de vuelta, el hablar. Para hacer camino juntos, necesitamos oír al otro, comprender sus razones, sentir sus emociones, empatizar con lo que lo emociona. Pero necesitamos también comunicar a los demás lo nuestro. En las reuniones de discusión hacemos las dos cosas: escuchar y hablar. Prepárate personalmente para hablar, no llegues al encuentro sin haber hecho tu propia reflexión personal. Lee el texto que te ofrecemos, hazlo tuyo y piensa (¡e incluso escribe!) lo que te sugieran las cuestiones que te proponemos, para que puedas ofrecer a quienes te escuchen luego un discurso coherente. No vayas al encuentro sin haber leído y meditado, porque si lo haces, correrás el riesgo de hablar de lo primero que se te ocurra y privarás a tus hermanos de la profundidad que cabe en ti.

Para prepararnos al primer encuentro sinodal nos tenemos que leer la primera parte del documento de la Conferencia Episcopal Española “Fieles al envío misionero. Aproximaciones al contexto actual y marco eclesial; orientaciones pastorales y líneas de acción para la Conferencia Episcopal Española (2021-2025)” (páginas 13-49; 51-56). Te transcribimos aquí el texto en cuestión, añadiendo el cuestionario que después usaremos en el diálogo en grupos pequeños. Pero si quieres tener el documento entero, te lo puedes descargar de la página diocesana del Sínodo, desde este enlace.

# 1) El Señor va delante, abre caminos y nos acompaña en el desafío misionero en este tramo del cambio de época (contexto). Una nueva época en continuo dinamismo

## 1. En el aliento del Espíritu Santo que guía la marcha de la Iglesia

Ya el *Concilio Vaticano II* nos sitúa en la gran transformación cultural:

El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural, que redundará también en la vida religiosa (GS, n. 4).

La propia historia está sometida a un proceso tal de aceleración, que apenas es posible al hombre seguirla. El género humano corre una misma suerte y no se diversifica ya en varias historias dispersas. La humanidad pasa así de una concepción más bien estática de la realidad a otra más dinámica y evolutiva, de donde surge un nuevo conjunto de problemas que exige nuevos análisis y nuevas síntesis (GS, n. 5).

El Concilio, nuevo pentecostés, convoca a la Iglesia a volverse a su Señor para salir al mundo, desde una renovación en las fuentes de la Palabra y el Sacramento, para ser en el mundo «misterio de comunión y misión» que ilumine y acompañe a los hombres en esta gran travesía.

Los *papas posteriores* impulsan esta nueva navegación de la Iglesia para el anuncio del Evangelio. Así lo propone san Pablo VI como clave de acogida del Concilio (*Evangelii nuntiandi*, 1975). Esta renovada misión eclesial requiere en expresión de san Juan Pablo II, «nuevo ardor, nuevos métodos y nuevas expresiones», para estar a la altura de la nueva evangelización que precisan muchos pueblos donde la Iglesia lleva siglos establecida, pero que han de acoger de nuevo la presencia del Redentor del hombre. Benedicto XVI recuerda la necesidad de ahondar en la vuelta a las fuentes de la Palabra y de la eucaristía para abordar la nueva evangelización y la transmisión de la fe, haciendo posible el encuentro vivo con el Dios que es Amor, pues «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (DCE, n. 1).

El *papa Francisco* quiere que la Iglesia experimente de tal manera que «el amor de Cristo nos apremia» (2 Cor 5, 14) que cada discípulo misionero y cada comunidad cristiana viva la angustia del apóstol: «Ay de mí si no anunciara el Evangelio» (1 Cor

9, 16). La salida misionera que surge de la alegría de la misericordia y exige conversión pastoral, es el paradigma de toda la obra de la Iglesia (cf. EG, n. 15).

La *Conferencia Episcopal Española* surge, como fruto del Concilio, en el momento en que la evolución de la sociedad española empieza a ser visible. Cuando la transición política concluye y la transformación cultural se acelera, comienza a reflexionar y a ofrecer criterios sobre el nuevo momento de la Iglesia en España. Dos documentos muy importantes tratan de impulsar el testimonio y la presencia misionera de los católicos españoles en la sociedad: *Testigos del Dios vivo* (1985), una reflexión sobre la misión e identidad de la Iglesia en nuestra sociedad, y *Católicos en la vida pública* (1986). En el año siguiente comienzan a presentarse los, quizá impropriamente llamados, «planes pastorales» en los que se insiste en la evangelización ante la gran transformación que en estas décadas vive la sociedad española: *Anunciar a Jesucristo en nuestro mundo con obras y palabras* (1987); *Impulsar una nueva evangelización* (1990); *Proclamar el Año de Gracia del Señor* (1997); *Una Iglesia esperanzada. ¡Mar adentro!* (2000); *La nueva evangelización desde la Palabra de Dios: Por tu Palabra echaré las redes* (2011); *Iglesia en misión al servicio de nuestro pueblo* (2016).

El paso del Señor, el discernimiento de la Iglesia, los gozos y angustias de nuestros conciudadanos convergen en la llamada a evangelizar. Los esfuerzos realizados en este tiempo han sido muchos, pero tenemos la impresión de que el cambio va más deprisa que nuestra conversión pastoral. Esta rápida transformación junto a la disminución y envejecimiento de las comunidades cristianas, de los pastores, consagrados y laicos, nos urge a ser fieles al Señor, «id y anunciad el Evangelio», y a acoger el propósito de conversión misionera de la Iglesia del papa Francisco:

Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral solo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad (EG, n. 27).

## 2. Una mirada al contexto actual de aceleración de las transformaciones en la sociedad española y en la Iglesia. Una sociedad desvinculada

Les contestó: «Al atardecer decís:  
“Va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojo”.  
Y a la mañana: “Hoy lloverá, porque el cielo está rojo oscuro”.  
¿Sabéis distinguir el aspecto del cielo y no sois capaces de distinguir  
los signos de los tiempos?». (Mt 16, 2-3)

El *Informe FOESSA* de 2019, impulsado por Cáritas Española, afirma en su diagnóstico conclusivo que nos encontramos en una gran mutación social que tiene como causa profunda una sociedad desvinculada, desordenada e insegura en la que crece la desconfianza y el enfrentamiento. A esta situación se ha llegado a través de un proceso de transformaciones tecnológicas, económicas y culturales que han afectado a múltiples dimensiones de la existencia; alcanza su punto culminante en un intento decidido de transformación antropológica que hace juego con el sistema económico dominante y con una propuesta de estilo de vida y de organización de la convivencia que hagan posible dicha transformación.

La transformación económica ha provocado el paso acelerado por la etapa industrial de la sociedad española, mayoritariamente rural hasta finales de los años cincuenta. Ya no vivimos en una sociedad «fordista», donde el trabajo era monótono pero seguro. La gran mayoría de los actuales jubilados han dejado la vida laboral en la misma empresa o sector donde los habían contratado de jóvenes. Esta transformación se produce además en medio de fuertes crisis sociales y con flujos migratorios extraordinarios. Aparecen nuevas situaciones de pobreza a causa de la soledad, la falta de afecto, de energías físicas, de sentido y perspectivas de futuro y también de fe. La nueva revolución tecnológica, basada en los datos entregados por los usuarios digitales y la inteligencia artificial, hace emerger lo que algunos llaman un capitalismo moralista que no solo regula la producción y el consumo, sino que impone valores y estilos de vida. Otros hablan de capitalismo de la vigilancia, permanente generador de la nueva cultura, en la que la inteligencia artificial se descifra como «voluntad artificial» que encauza los deseos y las tomas de decisión, pues el poseedor de los «datos entregados» tiene acceso a los deseos y pensamientos de la población en cada uno de nosotros. Conoce nuestro perfil, sabe lo que nos falta.

La *cultura* dominante que ha ido gestándose a lo largo de décadas, es relativista. Para el relativismo no hay valores absolutos ni puede haber juicios universales, ya que todo está en función de la percepción subjetiva de cada uno y de los intereses de los grandes grupos de poder. El nihilismo crece. En consecuencia, se hacen muy difíciles los compromisos estables y la vivencia de la fe. La vida humana queda

desarraigada, sin ningún anclaje divino ni verdad absoluta. La norma suprema del comportamiento llega a través del consenso social positivista y todo queda a merced de

los intereses de quienes pueden imponer su voluntad. Los más débiles y pobres quedan excluidos y no son tenidos en cuenta. Los jóvenes experimentan un extraño malestar, pero no saben bien por qué. En esta incertidumbre el nuevo imperio digital, que quiere borrar la distinción entre lo verdadero y lo falso, la realidad y la ficción, el bien y el mal, se ofrece como guía que «perfila» nuestro rostro y «calcula» nuestras decisiones.

Los vínculos sociales de todo tipo se debilitan y se sustituyen por el enjambre digital, en expresión de Byung-Chul Han. La comunidad digital es una suma de individualidades aisladas, que se pueden comunicar en la red, pero que nunca llegan a ser un «nosotros». Hay enjambre, pero no pueblo. La suma de individuos no hace comunidad. Los cambios digitales están afectando a todas las capas de nuestra sociedad e imponen el nacimiento de nuevas condiciones laborales, nuevos modelos de vida, nuevas formas de comunicación y relación. En una palabra, un nuevo mundo. El hombre, centro del humanismo moderno, es superado en el «transhumanismo», una nueva especie de hombre «mejorado» que ha de propiciar nuevos modelos familiares, económicos, políticos y de espiritualidad.

*Raíz* de este proceso transformador: el *empobrecimiento espiritual* y la *pérdida de sentido* que lleva a vivir en un nihilismo sin drama. El olvido de Dios, la indiferencia religiosa, la despreocupación por las cuestiones fundamentales sobre el origen y destino trascendente del ser humano, influyen en el comportamiento moral y social de los individuos. Muchos autodenominados creyentes viven y organizan su existencia «como si Dios no existiera». La vivencia religiosa, la fe en Dios, aporta claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. La vida humana se enriquece con el conocimiento y aceptación de Dios, que es Amor y nos mueve a amar a todas las personas. La experiencia de ser amados por un Dios que es Padre nos conduce a la caridad fraterna y, a la vez, el amor fraterno nos acerca a Dios.

Con el empobrecimiento espiritual va aparejada la pérdida de sentido, que desemboca en el vacío existencial y en el aburrimiento, el no ser capaces de saciar la sed de felicidad a pesar de disponer de más medios y posibilidades que nunca. Ni la acumulación de riquezas ni el consumismo vertiginoso llenarán este vacío profundo. Ante la falta de significado solo queda el deber, impuesto desde fuera por las reglas del sistema económico o autoimpuesto por el afán de progreso personal, o la diversión para apartar la mirada de la nada o el vacío. Toda persona humana es impulsada por su propia naturaleza a buscar la verdad, el sentido de las cosas y, sobre todo, de su propia existencia. Y buscando la verdad nos encontramos con Cristo, Verdad y Vida.

Todo este proceso de transformación no ocurre solo de manera automática como consecuencia de transformaciones tecnológicas y económicas, sino que es *impulsado por un intento deliberado de «deconstrucción»* o desmontaje, en concreto, de

la cosmovisión cristiana. Pareciera que hay un guion bien trazado con calendario y finalidades tremendas. Emerge, teledirigida, una propuesta neopagana que pretende construir una sociedad nueva, para lo cual es preciso «deconstruir». Así asistimos a un constructivismo antropológico en las muy extendidas corrientes ideológicas de género y en la aceptación social del aborto y la eutanasia; un constructivismo histórico y también pedagógico, reforzado con el dominio de la escuela, para lo cual es preciso «deconstruir» pues, como dice Francisco en el n. 13 de FT, «la libertad humana pretende construirlo todo desde cero». Todo ello ocurre de manera indolora, pues la cultura de masas, basada en emociones y sensaciones, está logrando que este proceso de derribo se viva de manera casi indiferente, más aún como un logro de la libertad.

*Consecuencia: la desvinculación, la desconfianza y el enfrentamiento.* El sociólogo alemán Zygmunt Bauman acuñó la metáfora de la *liquidez* para describir los tiempos actuales. Hemos pasado de una sociedad moderna que buscaba la solidez en los grandes principios ideológicos y en las grandes causas, a una sociedad posmoderna que es líquida y voluble. Como consecuencia surgen la desvinculación y la desconfianza, la fragmentación de las vidas y la precariedad de los vínculos humanos en una sociedad individualista de relaciones efímeras en las que no se mantienen ni la lealtad ni el compromiso adquirido. «Tiempos líquidos, sociedad líquida, amor líquido», que desembocan en un hombre líquido que quiere ser simplemente un ciudadano del mundo sin ataduras, ni en el amor ni en la forma de vida. La realidad líquida es continuo movimiento, flujo y búsqueda de nuevas experiencias, pero sin echar raíces en ningún lugar, sin compromiso en el amor ni en el trabajo. Ciudadanos del mundo, pero de ningún lugar concreto. Es la era del consumismo, en la que lo importante no es conservar los objetos mientras son de utilidad, sino renovarlos constantemente. A la vez, la vida líquida angustia a las personas porque no tienen nada fijo y duradero. El mismo Bauman denomina a este período la «gran desvinculación», que supone un enorme desmoronamiento o deshilachamiento de las instituciones que sostenían la creación de valores y bienes públicos. Es la *desvinculación respecto del propio cuerpo, de la realidad, del otro y de Dios*.

Esta ruptura o debilitamiento de los vínculos genera desconfianza.

Se trata, en realidad, de fenómenos que se realimentan mutuamente. La desconfianza está detrás de muchos de las actitudes reactivas que sufrimos hoy en día. Los populismos, los particularismos nacionalistas, el individualismo, los radicalismos de la ideología de género, el fundamentalismo, la xenofobia o la aporofobia se alimentan de la desesperación de quienes han caído en la desconfianza. Una desconfianza que se refiere, primeramente, a la mayoría de las instituciones, pero que también afecta a las relaciones interpersonales de toda índole, al futuro colectivo que nos espera e, incluso, a la confianza en uno mismo.

En este caldo de cultivo, la irrupción de las estrategias mediáticas y políticas basadas en la *posverdad* no es casual. La defensa de las múltiples identidades desvinculadas, sin un relato compartido, genera el *enfrentamiento* para afirmar la propia

posición. Queda poco espacio para la deliberación democrática, los relatos compartidos e incluso, simplemente, la palabra.

Entre las instituciones afectadas por la desvinculación está la familia y la pertenencia activa a instituciones como la Iglesia.

### **3. La transformación de la familia, consecuencia y causa de la aceleración del cambio y su repercusión en la transmisión de la fe**

La sociedad española ha sido mayoritariamente rural y agrícola hasta finales de los años cincuenta. La industrialización se va realizando al mismo tiempo que la urbanización, pues aquella provoca un extraordinario éxodo del campo a la ciudad. Este cambio afecta a la vida familiar y a la pertenencia eclesial. El proceso se acelera en los años sesenta y setenta y en este fuerte cambio de la vida familiar se acoge la transformación de la sociedad española provocada, al unísono, por la transición económica y política.

Podríamos decir que la crisis familiar, muy vinculada a la evolución del capitalismo industrial y postindustrial, y la creciente secularización se apoyan la una a la otra. Si la secularización influye en el deterioro de la familia llamada tradicional, también parece cierto que la crisis de la misma contribuye, a su vez, a impulsar el declive religioso, pues quiebra una institución básica en la transmisión de la fe y de experiencias básicas en la configuración de la persona. En la familia se recibe la vida y en ella se inician experiencias elementales e integrales de la vida humana: amar y ser amado, hacer y colaborar, el descanso, la fiesta y el duelo.

En la familia se han encarnado estas dimensiones antropológicas, expresiones de la vida y fuentes del deseo de cumplimiento de una existencia plena y lograda. La transmisión de la fe y la iniciación en la vida cristiana encuentran en el amor sponsal, el don de la vida, el amor incondicional, el trabajo ofrecido y en el descanso del corazón, los recipientes adecuados de la Buena Noticia.

El sí para siempre abierto a la vida, como fruto del amor, propuestas del matrimonio cristiano, son la promesa cumplida de la necesidad y del deseo que todos tenemos de amar y de ser amados.

El Estado del Bienestar, cuyos pilares son la educación, la sanidad, los servicios sociales y las pensiones, colabora inicialmente con tareas asumidas por la familia para lograr un desarrollo mayor de todas esas tareas; pero progresivamente va casi sustituyendo a la propia familia o, como dicen algunos, al papel del padre. El trabajo de padre y madre, a veces en distintos municipios, las «nuevas formas familiares», la caída drástica del número de hijos, el significado del «fin de semana» o la creciente pérdida del domingo como día de descanso laboral van debilitando la familia y disminuyendo de manera extraordinaria sus posibilidades de transmitir la fe y educar en la vida cristiana.

El debilitamiento del vínculo familiar provoca la pérdida de vínculos sociales, lo que acentúa dicho debilitamiento, pues el elogio de la autonomía individual y la permanente reclamación del derecho a tener derechos entroniza al individuo y hace sospechoso cualquier vínculo. Esta es una propuesta cultural que hace juego con las reglas de producción y consumo del sistema económico vigente en el mundo. Se ha producido de manera acelerada la *desinstitucionalización del matrimonio*. Son manifestaciones de esta desinstitucionalización, al menos, las siguientes:

- Los divorcios se han multiplicado y cada vez son más fáciles; pensemos en lo que en su día los periodistas llamaron el «divorcio exprés»;
- el reconocimiento de las parejas de hecho, unas veces con alguna vinculación y otras veces sin ninguna;
- la convivencia sin vinculación, ni personal ni social, de muchos jóvenes;
- el reconocimiento legal del llamado «matrimonio igualitario» entre personas del mismo sexo.

La comprensión y el valor social e institucional del matrimonio entre hombre y mujer abierto a la vida, en nuestra tradición cultural, ha ido recibiendo golpe tras golpe hasta convertirlo en algo que apenas tiene relieve decisivo en la vida de las personas. Y si el matrimonio se desinstitucionaliza, ¿qué significa entonces la familia? La banalización de la familia hace que la sociedad sea más vulnerable a intereses políticos o económicos.

La nueva comprensión de la persona y de la familia, inseparable del sistema de producción y consumo, afecta a la vida, los afectos, el trabajo y el descanso. Estas corrientes antropológicas, económicas y políticas prometen una libertad igualitaria, pero generan un malestar que quiere ser satisfecho con más y más derechos, que en nombre de la no discriminación y la igualdad, van haciendo surgir populismos e identidades de todo tipo que quieren saciar la sed que el propio proceso está provocando. En este proyecto «afamiliar» o «desfamiliarizador» de la vida en sociedad convergen:

- el nuevo capitalismo neoliberal global que redefine la familia como contrato libre y temporal entre individuos;
- el giro individualista del Estado del Bienestar dirigido a liberar a los individuos de las dependencias que generan los otros;
- el progresismo cultural (para algunos nueva trinchera del marxismo) que pretende la destrucción de vínculos familiares y comunitarios elementales desde el «empoderamiento» de individuos y colectivos identitarios diversos.

Por tanto, nos encontramos en una sociedad que va perdiendo progresivamente sus vínculos y precisa rehacerlos e innovarlos para generar ámbitos adecuados para la acogida y desarrollo de las personas y la imprescindible amistad civil para organizar la convivencia. De ahí la importancia de la vida familiar y comunitaria que la Iglesia propone y precisa.



#### **4. Momento en el que hacemos esta reflexión: la pandemia COVID-19 y sus consecuencias**

Todavía no podemos estudiar y valorar todas las consecuencias de esta inesperada pandemia global. Sí podemos decir ya que ha interrumpido de golpe muchos aspectos de la vida cotidiana y ha supuesto una fuerte experiencia de incertidumbre y miedo. Ha puesto de manifiesto muchas problemáticas ya existentes: personas sin hogar, ancianos solos y residencias con carencias, temporeros e inmigrantes en condiciones inhumanas, formas de vida y diversión de jóvenes y no tan jóvenes, prostitución, barrios degradados, hambre en el mundo, falta de sentido de la vida frágil y de la muerte; también la crisis de la democracia representativa y los límites del Estado autonómico; populismos identitarios que tienden a exacerbarse; también los trabajos precarios y la dificultad para conciliar vida laboral y familiar. La pandemia ha acelerado procesos de transformación digital con el auge del teletrabajo y nuevas formas de producción y consumo. También han surgido extraordinarios ejemplos de dedicación, entrega y solidaridad y la familia ha sido valorada y puesta a prueba. Una fuerte crisis económica y social se extiende por todo el mundo y las extraordinarias respuestas de generosa ayuda parecen insuficientes.

Más allá de estos u otros problemas, debemos considerar esta situación como un momento histórico de fuerte llamada a la renovación para la humanidad y para la Iglesia. Ante las circunstancias que se nos presentan en la realidad cotidiana no podemos permanecer indiferentes. La crisis económica nos ha golpeado de lleno en los últimos meses, y lo peor, parece, está por llegar. Es una realidad que toca a todas las familias, a las personas que nos rodean. Todos conocemos a personas desorientadas y expuestas a la incertidumbre de lo que podría suceder. Y lo que es más preocupante, todas estas circunstancias no han traído consigo un movimiento reflejo de solidaridad o unidad en nuestro país, como se podría esperar a imagen del movimiento espontáneo que se da en una familia cuando la situación económica es grave; por el contrario, la tensión sociopolítica ha aumentado de forma alarmante. Se multiplican las declaraciones en las que cada grupo reivindica lo suyo y todos reclaman la atención de las autoridades. Son cuestionadas las instituciones democráticas que sustentan nuestra convivencia. Por su parte, la clase política parece perdida, incapaz de estar a la altura de las circunstancias históricas y dando prioridad a sus propios intereses.

En este tiempo se ha puesto de manifiesto la generosidad de muchos miembros de la Iglesia, la cercanía y creatividad pastoral de los presbíteros, la entrega de consagrados y laicos, tanto en la vida laboral y profesional como en las relaciones de vecinos, la solicitud por la situación económica de las parroquias y especialmente de Cáritas.

Sin embargo, no nos engañemos: el problema más grave no es ni económico ni político, sino la salud espiritual y el sentido de la vida que ilumina la mirada para reconocer a quien está al lado como hermano. La dimensión trascendente que

abre a la esperanza en la fragilidad y a la fraterna solidaridad. Por ello, qué importante es que los creyentes demos testimonio de una confianza que vence a los miedos, de esperanza y de caridad fraterna. Aparecen vacunas y tratamientos para la enfermedad, pero urge una gran renovación espiritual, cultural y política. Afortunadamente, observamos, en medio de la incertidumbre, la búsqueda de sentido y afecto, gestos de solidaridad y un deseo de cambio.

## 5. La situación política y social en España

Estamos en un momento difícil, no solo por la COVID-19, sino por una situación sociopolítica convulsa. Asistimos a una profunda crisis institucional, en la que algunos grupos políticos quisieran abrir una segunda fase constituyente. No se trata de sacralizar el régimen del 78, pero sí de afirmar que este marco político constitucional ha devuelto a España una estabilidad grande, no lograda durante siglos. La puesta en cuestión de la Constitución, la monarquía, el poder judicial, junto a las fuertes tensiones independentistas en medio de una inédita crisis económica, llenan de preocupación e incertidumbre a la sociedad española. Los enfrentamientos crecen y pareciera que asistimos a un resurgir artificial de «las dos Españas» de tan dramático recuerdo. Abonan esta situación las iniciativas legislativas del Gobierno de coalición sobre la educación, la eutanasia, el aborto, la memoria democrática, el Consejo General del Poder Judicial, que van en la línea del proyecto de deconstrucción antes citado a escala global. El desarrollo de estas iniciativas pone en riesgo la libertad y dificulta la imprescindible unidad, tan necesaria en plena crisis sanitaria y en los albores de una crisis económica de consecuencias sociales impredecibles.

La Iglesia se encuentra situada muchas veces en medio de su misión profética, que le obliga a denunciar los ataques a la libertad y a la justicia, y de su responsabilidad de ser cauce de encuentro y permanente reconciliación para unir las fuerzas de todos a favor del bien común, especialmente en ayuda de los más afectados por la crisis.

## 6. La situación eclesial

La Iglesia española experimenta las consecuencias de la gran transformación. Como dice el papa en *Evangelii gaudium*, podemos descubrir diversos círculos o grupos de personas en su relación con la fe cristiana y con la Iglesia:

- 1) Un número grande de españoles se manifiestan católicos. De entre ellos muchos continúan *fieles* en su participación habitual en la vida eclesial. Dentro del mayoritario grupo de españoles que siguen manifestándose católicos en las encuestas, la participación en la vida eclesial es muy heterogénea y en muchos casos débil y esporádica. En este grupo de autodenominados

católicos, la vida comunitaria organizada y el compromiso misionero explícito es pequeño.

- 2) Ya son muchos los bautizados que dicen «creer sin pertenecer». Se declaran católicos y reivindican su pertenencia a la hora de solicitar servicios religiosos, pero organizan su vida «como si Dios no existiera», habitualmente no participan de la vida eclesial y manifiestan implícitamente su agnosticismo o ateísmo. La secularización y el impacto que produce el discurso cultural dominante constituye para este grupo un obstáculo difícil de superar.
- 3) Llama la atención en la sociedad un emergente *grupo postsecular*, insatisfecho con la propuesta de vida del progreso permanente y que no ha acogido ni la fe ni los prejuicios antirreligiosos. Son personas en búsqueda y con una nueva receptividad.
- 4) También están entre nosotros los *inmigrantes católicos*. Muchos se han acercado a nuestras parroquias por la puerta de Cáritas y no han pasado más adentro; otros participan de manera ordinaria en la actividad eclesial y pueden aportar una renovación a nuestras comunidades.

Cada vez es más visible la pluralidad religiosa que estamos viviendo por los movimientos migratorios que han favorecido la llegada a España de creyentes de otras denominaciones cristianas y confesiones religiosas que convoca al Pueblo de Dios a una pregunta sobre su identidad católica, así como al ecumenismo y al diálogo interreligioso. Los datos sobre la vida eclesial ofrecidos en la *Memoria de actividades*, que anualmente presenta la Conferencia Episcopal Española, nos hacen ver, en el conjunto de una extraordinaria vida eclesial con miles de actividades y cientos de miles de personas participantes, el descenso en el número de personas que participan en la vida sacramental. Especialmente llamativo es el descenso de matrimonios, y como lógica consecuencia disminuyen los bautismos y comienza a descender de manera apreciable la participación en las primeras comuniones. El descenso de presbíteros y miembros de la vida consagrada es evidente. Todo ello en el contexto de un dramático descenso en el número de nacimientos. También los informes sobre la acción de la Iglesia muestran la importancia de las situaciones familiares tanto en la problemática como en los cauces de las posibles soluciones. En este contexto, sobresale el numeroso grupo de personas que colaboran en la vida parroquial y diocesana. Son muy numerosos los catequistas, miembros de equipos de liturgia y de Cáritas y los miles de familias que participan en las diversas actividades eclesiales.

La misión evangelizadora de la Iglesia en España se encuentra con dos tipos de *dificultades*: unas vienen de fuera de *la cultura ambiental*; otras vienen de dentro, de *la secularización interna, la falta de comunión o de audacia misionera*:

- 1) La primera tiene que ver con la cultura ambiental que los españoles vivimos, pues ya no es una cultura inspirada en la fe cristiana. Para muchas personas las verdades cristianas son ahora incomprensibles y las normas morales que brotan del Evangelio se han vuelto inaceptables. Esta dificultad la

experimentamos en los propios ambientes eclesiales, parroquias y colegios católicos. Hemos de contar que, también para quienes participan en la catequesis parroquial y la escuela católica, las verdades que intentamos transmitir son de difícil comprensión y la propuesta moral muy difícil de aceptar. Esto conlleva un profundo desafío cultural; la Iglesia, que a lo largo de los siglos ha generado tantísima cultura, hoy observa cómo el cine, el teatro, la música, las series de TV realizan propuestas culturales indiferentes o antitéticas a la cultura cristiana. La comunidad católica española vive inmersa en este proceso cultural y social y experimenta sus consecuencias, tanto en su interior como en el diálogo evangelizador con nuestros conciudadanos. Dichas consecuencias se producen, en unos casos, de manera casi inconsciente, y en otros de manera reactiva, en el repliegue interior o en la confrontación.

2) Las dificultades internas, que han de ser objeto de revisión y de terreno concreto de la conversión personal y pastoral, afectan a la identidad misma de la vida eclesial y se pueden agrupar en tres:

- La *mundanidad*, que pone más la confianza en los medios humanos que en la gracia y reduce el mensaje a una propuesta moral, y la autorreferencialidad, que nos hace estar más preocupados por los asuntos eclesiales que por la misión.
- Padecemos algunas expresiones de *falta de comunión* en la manera de vivir la unidad de la fe de la Iglesia en su catolicidad. Esto provoca para muchos cristianos un clima de confusión, pues la fe recibida solamente se puede sostener en la medida en que se confiesa el misterio de Cristo en la unidad de fe de la Iglesia, en la lectura de las Sagradas Escrituras y en la celebración de los sacramentos en esa misma unidad.
- La *debilidad del testimonio misionero* en la plaza pública, en los ambientes e instituciones de los que los católicos formamos parte. Esto expresa una preocupante división entre la vida cristiana cultivada en el interior del templo y la encarnada y testimoniada en la vida familiar y ciudadana.

Las dificultades que provienen del ambiente secularizado y las que surgen de la mundanidad interna hacen que resuenen de manera especial dos asuntos que han aparecido de manera recurrente en los medios. Los *graves casos de abusos* u otros comportamientos inadecuados, así como con la insistencia en asuntos patrimoniales como inmatriculaciones, IBI, etc., contribuyen a la pérdida de confianza en muchas personas. La evangelización es un acto de transmisión de una experiencia y un mensaje, un acto de comunicación entre personas y para que esta sea posible tiene que haber confianza del receptor del mensaje en la persona que lo transmite.

Afortunadamente, la misión de la Iglesia está sostenida por la acción del Espíritu Santo y no depende de nuestra coherencia de vida, pero si no logramos superar esa desconfianza ambiental que, en amplios sectores de nuestra sociedad, se ha

instalado respecto de la Iglesia, la evangelización se nos hace más difícil, aunque nunca hemos de abandonar la misión a la que hemos sido llamados, aun contando con nuestra fragilidad.

Recordemos, en resumen, las palabras del papa en el discurso a la Curia el 21 de diciembre de 2019:

No estamos ya en un régimen de cristianismo porque la fe -especialmente en Europa, pero incluso en gran parte de Occidente- ya no constituye un supuesto obvio de la vida en común; de hecho, frecuentemente es incluso negada, burlada, marginada, ridiculizada.

Ante estas dificultades y desafíos con los que nos encontramos y que refuerzan la llamada a la comunión misionera vemos con preocupación que aparecen dos tipos de respuestas, minoritarias, pero significativas. La de aquellos que, en nombre de la novedad del cambio de época y de la imprescindible reforma eclesial, reclaman una transformación de la Iglesia que facilite su acogida por el mundo de hoy en nuevas propuestas antropológicas, morales y sacramentales. Otras personas y grupos, en nombre de una fidelidad a los fundamentos de la fe, ponen en cuestión todo discernimiento y reforma que ayude a evangelizar al hombre de hoy, consideran el Concilio Vaticano II como causa de los males eclesiales y llegan incluso a cuestionar el magisterio del papa Francisco. En ambos casos, ideologías teológicas, pastorales y también políticas prevalecen sobre la genuina fidelidad al mandato del Señor en la novedad del tiempo.

Es *motivo de esperanza* el testimonio de muchos laicos partícipes activos en la misión de la Iglesia asumiendo funciones y responsabilidades en la parroquia, en la escuela católica y como profesionales en muchos ámbitos de la vida social. Resulta fundamental para el progreso de la sociedad el desarrollo de su compromiso ciudadano, profesional y político. La pandemia ha resaltado la importancia de muchos trabajos no muy valorados, en la limpieza, el comercio, la seguridad. Hemos reconocido la labor de los profesionales de la medicina y la enfermería, de la enseñanza y de la investigación científica. Tantos otros oficios y profesiones han propiciado servicios esenciales para la sociedad. El camino de preparación del Congreso de laicos y su realización han sido experimentados como un *kairós* para impulsar un Pueblo de Dios en salida. La participación muy alta de laicos de diócesis, congregaciones y movimientos junto con pastores y consagrados ha puesto de manifiesto un deseo de comunión y de búsqueda compartida de caminos de evangelización.

La situación vivida como consecuencia de las restricciones ocasionadas por la pandemia ha puesto de manifiesto la *generosidad y compromiso* de muchos miembros de la Iglesia, la creatividad pastoral de los sacerdotes, la vivencia de la Iglesia doméstica, la importancia de la eucaristía y del domingo, la comunión de bienes y el testimonio de una Iglesia servidora de los más necesitados. Hemos recibido también la llamada a discernir la novedad de esta situación y ha aparecido también nuestra fragilidad en la edad avanzada de muchas de las personas que participan en la vida eclesial, en la débil comprensión de la eucaristía y las limitaciones de las familias para protagonizar la iniciación cristiana de los hijos ante la desaparición de

las catequesis presenciales. La soledad de ancianos y enfermos y el acompañamiento en la muerte y el duelo nos han permitido renovar el anuncio de la esperanza cristiana ante la muerte y caer en la cuenta de las carencias de nuestra acción pastoral en esta dimensión del anuncio cristiano.

La actitud de cercanía, escucha y acompañamiento de los pastores en su caminar junto al pueblo santo de Dios también nos anima, en este tiempo de conversión pastoral y salida misionera, a intensificar la sinodalidad y colegialidad que el papa Francisco nos propone.

En otro orden de cosas, crecen los *desequilibrios territoriales* provocados por la acelerada urbanización y así ha variado la tradicional distribución de la Iglesia en el territorio en todo este proceso de gran transformación. Existe un contraste entre las grandes ciudades con sus periferias urbanas y nuevas urbanizaciones y amplias zonas rurales muy despobladas en donde se encuentran miles de pequeños municipios en los que sigue existiendo una parroquia. Se produce, de esta manera, una presencia muy asimétrica de la Iglesia que afecta a la distribución del clero y sobre todo a las estrategias pastorales de las diócesis. Algunas, situadas en las zonas rurales más despobladas, se encuentran con graves limitaciones para llevar a cabo la misión propia de una Iglesia particular y otras viven el fuerte contraste entre la atención a cientos de pequeñas parroquias rurales, la acción pastoral en los llamados centros históricos de las ciudades y el desafío misionero de las nuevas realidades urbanas situadas alrededor de la ciudad y de los municipios de su área de influencia. En la mayoría de las diócesis españolas se han puesto en marcha experiencias multiformes de *unidades parroquiales*: unidad en el pastor, unidades de acción pastoral, fusiones parroquiales, etc. Se trata de un proceso abierto que invita a un discernimiento compartido en las propias diócesis, provincias eclesiásticas y Conferencia Episcopal.

La *economía de parroquias y diócesis* también se ve afectada por todos estos factores y urge avanzar en el sostenimiento de la Iglesia y también abordar el uso, mantenimiento y conservación del patrimonio eclesial en España, pues gran parte del patrimonio inmobiliario está situado en municipios muy pequeños.



De las condiciones o características de esta época que nos ha tocado vivir, apuntadas en la reflexión del documento, ¿cuáles nos afectan de manera más especial en nuestra Iglesia de Jaén? ¿Cuáles suponen una especial dificultad, pero también un reto?

## 2) El marco eclesial, desde el mandato del Señor, el magisterio del papa Francisco y a reflexión de la Conferencia Episcopal Española

Pues bien, un escriba que se ha hecho discípulo del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo. (Mt 13, 52)

### 1. El mandato del Señor

El discernimiento nos pide mirar la realidad con los ojos de quienes son discípulos misioneros de Jesucristo. Para ello, hemos de reavivar el encuentro vivo con Él que nos llena de luz, de fortaleza y de esperanza. Solo desde la experiencia renovada del Amor misericordioso desearemos, como acción de gracias y deber de amor, proclamar el Evangelio, que es Cristo mismo, y estaremos dispuestos a acoger el mandato del Señor: «Id...» y «Haced esto...». Este mandato, dirigido a los apóstoles de la primera hora, atraviesa el tiempo, resuena en la eucaristía y nos permite ser contemporáneos del mismo.

Por ello la Iglesia vive en permanente fidelidad a este doble mandato, «id y anunciad» y «haced esto...». Sabe que la misión, «id», ha de realizarla no como una tarea o función externa a sí misma, sino encarnando en la obediencia al «haced», el corazón sacerdotal de Jesucristo que se entrega para que tengamos vida y esta vida en abundancia la Iglesia la ofrezca al mundo. Pero este mandato que, gracias a la eucaristía acontece hoy, ha de ser vivido en la novedad de cada momento histórico. Este coloquio entre *fidelidad* y *novedad* marca la vida de la Iglesia, es causa de muchas de sus tensiones internas, entre quienes ponen el acento en uno u otro polo de este diálogo inevitable, y la sitúa en permanente discernimiento para ser fiel al acontecimiento fundante y eterno en la novedad de cada tiempo. Pide discernimiento permanente de la voluntad de Dios en la vida y en la historia en cada momento.

### 2. El magisterio de Francisco

El fuerte aliento de reforma y evangelización que el Espíritu Santo infunde en la Iglesia con el nuevo pentecostés del Concilio Vaticano II llega al pontificado de Francisco, quien, en ejercicio de discernimiento a la luz de la fe (LF 2013), sitúa la fidelidad de la Iglesia al mandato misionero -id- y sacerdotal -haced- en sus textos magisteriales *Evangelii gaudium* (2013) y *Gaudete et exsultate* (2018). Ambos parten

de la alegría de experimentar el encuentro con el Señor y su misericordia. *Evangelii gaudium* es la acogida del envío misionero de Jesús a los apóstoles que se hace hoy Iglesia en salida para anunciar el Evangelio como pregón de lo esencial, *kerygma* de salvación, que se corporeiza en el testimonio de los discípulos misioneros y en la dimensión social del mismo; el testimonio de vida entregada y vaciada en ese anuncio es presentado por Francisco como una propuesta de vida santa «a contracorriente» en *Gaudete et exsultate*.

En ambos documentos el papa sale al paso de los obstáculos a la acogida y anuncio de la Buena Noticia: mundanidad espiritual y crisis del compromiso comunitario en *Evangelii gaudium* y gnosticismo y pelagianismo en *Gaudete et exsultate*. Misericordia, alegría, discipulado misionero y santidad son claves de la permanente llamada a la espiritualidad de esta propuesta de renovación eclesial para la salida misionera en el cambio de época.

Desde este eje que actualiza el mandato del Señor, el papa Francisco ha señalado, en las últimas asambleas sinodales, unos territorios pastorales de especial dedicación en el anuncio de la alegría del Evangelio: la familia y los jóvenes [*Amoris laetitia* (2016); *Christus vivit* (2019)], como destinatarios y también protagonistas de la misión de la Iglesia, pues son signo privilegiado de las transformaciones culturales que vivimos.

El capítulo cuarto de EG ya expresa la dimensión social del *kerygma* y nos ayuda a descubrir la importancia de una propuesta integral de la vida cristiana. *Laudato si'* (2015) vincula el clamor de los pobres con el grito de la tierra en una llamada a la conversión ecológica integral. El despliegue del anuncio y testimonio del *kerygma* se ha de transformar en propuesta de organización de la casa común, «economía de Francisco», y en una llamada educar a las jóvenes generaciones a través de un diálogo para un «pacto educativo global».

El anuncio del Evangelio se produce a personas que viven realidades que el papa nos presenta como verdaderos signos de los tiempos, paso del Señor que ilumina y juzga la historia para convocar a la conversión, la fraternidad y la misión. Estos lugares privilegiados son la familia (niños, jóvenes, ancianos), los migrantes y descartados y la casa común de la familia humana. Este anuncio que los discípulos misioneros han de realizar pide conversión pastoral y salida misionera para escuchar, acompañar e integrar a quienes encontramos en el camino. En *Fratelli tutti* (sobre la fraternidad y la amistad social, 2020), el papa nos invita a salir de nosotros y hacer nos prójimos para germinar un «nosotros» que piense y gesticione un mundo abierto desde el ejercicio de la caridad política y la amistad social.

Otros documentos magisteriales de los últimos años pueden iluminar nuestro discernimiento del momento presente: exhortación apostólica *Querida Amazonía* (2020), carta *Misericordia et misera* (2016); constituciones apostólicas: *Episcopalis communio* (2018) (sobre el Sínodo de los Obispos), *Veritatis gaudium* (2017) (universidades y facultades eclesiales), *Vultum Dei quaerere* (2017) (vida consagrada). Congregación para la Doctrina de la Fe, carta *Iuvenescit Ecclesia* (2016)



(sobre discernimiento de los carismas), Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, Directorio para la catequesis (2020). Congregación para el Clero, instrucción *La conversión pastoral de la comunidad parroquial al servicio de la misión evangelizadora de la Iglesia* (2020). Comisión Teológica Internacional, *El sensus fidei en la vida de la Iglesia* (2014); La sinodalidad en la vida y misión de la Iglesia (2018); La reciprocidad entre fe y sacramentos en la economía sacramental (2020). Pontificia Comisión Bíblica, *¿Qué es el hombre? Un itinerario de antropología bíblica* (2020).

La propuesta del papa se realiza desde el anuncio de la misericordia que reconoce las propias miserias. Por ello, merecen especial atención las cuestiones de abusos a menores y personas vulnerables realizadas por miembros de la Iglesia. El Encuentro en febrero 2019 de presidentes de conferencias episcopales constituye un hito en la lucha contra los abusos. El motu proprio *Vos estis lux mundi* (2019) y el *Vademecum* (2020) acompañan el compromiso de toda la Iglesia de atajar esta lacra. También las reformas financieras y económicas de la Ciudad del Vaticano señalan el imprescindible cuidado en la relación con los bienes para hacer a la Iglesia que anuncia más transparente y significativa.

### **3. Los trabajos en curso de la Conferencia Episcopal Española en los últimos años**

La Conferencia Episcopal Española ha vivido en el último periodo la celebración de los 50 años de su creación. Con ese motivo ha reflexionado y aprobado una Ponencia de reforma que ha servido de base para el cambio de los Estatutos y que ha de inspirar una propuesta de renovación en sus prioridades y forma de trabajar al servicio de las diócesis españolas.

Han de seguir iluminando los trabajos de la Conferencia Episcopal Española en los próximos años:

- Los frutos del *Congreso de laicos: Pueblo de Dios* en salida con «la centralidad de los cuatro itinerarios en todas nuestras acciones pastorales: primer anuncio, acompañamiento, procesos formativos y presencia en la vida pública».
- El plan de formación sacerdotal *Formar pastores misioneros*.
- La aplicación de *Amoris laetitia* y la renovación de la preparación al matrimonio.
- *Iglesia servidora de los pobres* en la actual situación de crisis económica y social.
- La transmisión de la fe por medio de la catequesis de iniciación cristiana y del catecumenado.
- El cuidado de la piedad popular como espacio para transmitir la fe.
- Atención a la pastoral y catequesis para personas con discapacidad.

- La puesta en práctica de medidas de atención a las víctimas de abusos, la sanción de los culpables y la prevención de todo tipo de abusos.

## 4. Una doble conclusión desde el contexto social y el marco eclesial

### 4.1. ¿Cómo evangelizar en la actual sociedad española?

La sinodalidad y el discernimiento como ejes espirituales y metodológicos de nuestras acciones

Responder a este interrogante requiere un gran discernimiento eclesial realizado al mismo tiempo que caminamos y desde todo aquello que descubrimos en la andadura compartida. Caminar juntos, invocar al Espíritu, escuchar y acompañar van haciendo del discernimiento sinodal la clave de fondo que sugiere las acciones que realizar, en la doble escucha del Señor y de los deseos y gemidos de nuestros contemporáneos, con los que nos encontramos en la salida misionera. La sinodalidad no es un tema para reflexionar, sino un modo de ser y de trabajar en la Iglesia, que nos lleva a vivir una auténtica comunión y corresponsabilidad entre pastores, consagrados y laicos. Hemos de sentirnos Iglesia, Pueblo de Dios, llamados a vivir la comunión, desde nuestra vocación y para la misión:

El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio. Lo que el Señor nos pide, en cierto sentido, ya está todo contenido en la palabra «sínodo». Caminar juntos –laicos, pastores, obispo de Roma– es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica.

La próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos tendrá como tema: «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión».

El discernimiento no es una moda, ni solo una metodología, sino, sobre todo, una actitud interior que tiene su raíz en un acto de fe (cf. GE, n. 166) y que consiste en intentar descubrir a nivel personal y comunitario el plan de Dios, su voluntad, su llamada a ser discípulos misioneros. Este discernimiento eclesial no se reduce ni a un análisis de la realidad, ni a un ejercicio meramente personal. Queremos como Colegio –colegialidad– y como Pueblo –sinodalidad– a la luz del Espíritu, la Palabra y el Magisterio reconocer el paso del Señor e interpretar su llamada en esta hora para hacer las elecciones adecuadas que realmente iluminen el trabajo de la Conferencia al servicio de las diócesis. El discernimiento nos abre a la luz del Espíritu para descubrir horizontes nuevos. Discernir es ponernos a la escucha de un modo sistemático para descubrir caminos que nosotros, en principio, no intuimos; requiere una transformación también de nuestro modo de pensar y de nuestro modo de hacer pastoral. Hemos de aprender a realizar un discernimiento comunitario que nos ponga auténticamente en la escucha del Espíritu para encontrar esos caminos que nosotros no vemos y dejar que el Espíritu nos guíe.

Vamos asumiendo que estamos en un *novum*: «no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?» (Is 43, 18). La pandemia, si

cabe, está acelerando de manera dramática la novedad del momento. Pero todo cambio supone unas motivaciones renovadas; si ante el cambio nuestras motivaciones languidecen no adelantamos nada; hacen falta unas motivaciones nuevas para afrontar, los pastores y todo el Pueblo de Dios, este cambio de época y, finalmente, es imprescindible un camino pedagógico. Esto no se consigue de la noche a la mañana.

El discernimiento sinodal del Pueblo de Dios en salida implica:

1) Escucha del *sensus fidelium*, corresponsabilidad:

Articular la participación de todos, según la vocación de cada uno, con la autoridad conferida por Cristo al Colegio de los Obispos presididos por el papa. La circularidad entre el *sensus fidei* con el que están marcados todos los fieles, el discernimiento obrado en diversos niveles de realización de la sinodalidad y la autoridad de quien ejerce el ministerio pastoral de la unidad y del gobierno describe la dinámica de la sinodalidad.

2) Para un *discernimiento pastoral*: «todos a la escucha del Espíritu». Para ello, el papa invita a recuperar la antigua práctica eclesial del discernimiento, lo cual demanda de los pastores y agentes pastorales entrar en profundidad en el dinamismo de la escucha: del mundo y de la sociedad, de las ciencias humanas, de la persona y, sobre todo, de Dios. Implica entrar en un proceso complejo, que exige preparación y determinadas habilidades, para acertar a poner en el centro al ser humano y a Dios.

3) Actitudes para el discernimiento:

- Invocación al Espíritu Santo. El discernimiento es un don.
- Escucha del Señor en la Palabra, el Magisterio, los hermanos, los pobres, la realidad.
- La lógica del don y de la cruz. Educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos que no son los nuestros.
- Acompañamiento.

4) Cauces e instrumentos:

- Cultivar la pedagogía del discernimiento propuesta por el papa Francisco, «reconocer, interpretar, elegir».
- Articular la participación del Pueblo de Dios con la dinámica eclesial «todos, algunos, uno». Todos estamos llamados a participar y a ser escuchados; algunos han de profundizar y realizar un discernimiento que aconseje a quien tiene la responsabilidad ministerial de presidir en la caridad y decidir.
- Potenciar los consejos parroquiales y diocesanos y otros posibles cauces de discernimiento sinodal.
- La Conferencia Episcopal puede ayudar en la formación de esta propuesta.

Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace

falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos (GE, n. 175).

#### 4.2. Acoger el desafío misionero como llamada a dar testimonio: conversión pastoral para una salida misionera

El papa Francisco dirigió estas palabras a los participantes en el Congreso de Laicos:

Es la hora de ustedes, de hombres y mujeres comprometidos en el mundo (...), que con su modo de vivir sean capaces de llevar la novedad y la alegría del Evangelio allá donde estén. Los animo a que vivan su propia vocación inmersos en el mundo, escuchando, con Dios y con la Iglesia, los latidos de sus contemporáneos, del pueblo (...). Por lo tanto, no tengan miedo de patear las calles, de entrar en cada rincón de la sociedad, de llegar hasta los límites de la ciudad, de tocar las heridas de nuestra gente (...); esta es la Iglesia de Dios, que se arremanga para salir al encuentro del otro, sin juzgarlo, sin condenarlo, sino tendiéndole la mano, para sostenerlo, animarlo o, simplemente, para acompañarlo en su vida. Que el mandato del Señor resuene siempre en ustedes: «Vayan y prediquen el Evangelio» (Mt 28, 19).

La *salida misionera* ha de hacernos prójimos de nuestros contemporáneos, para practicar la escucha y la acogida, el acompañamiento y la integración en una Iglesia «hospital de campaña» que escucha a todos y quiere servir a la sociedad desde el testimonio personal y comunitario del Amor misericordioso.

Esto nos pide salir al encuentro para la escucha y el diálogo y también acoger y generar ámbitos donde escuchar «a los de fuera» y trabajar conjuntamente «con los de dentro». La salida misionera nos invita a priorizar el diálogo y el encuentro con asociaciones, agentes sociales, con las administraciones públicas, etc. y, sobre todo, con quien nos encontramos en el camino de la vida.

El *anuncio del kerygma*. «Fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo que con su muerte y resurrección no revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre» (EG, n. 164). Es simultáneamente un acto de anuncio y el contenido mismo del anuncio que revela y hace presente el Evangelio. En el kerygma el sujeto que actúa es el Señor Jesús, que se manifiesta en el testimonio de quien lo anuncia; la vida del testigo que ha experimentado la salvación se convierte, por tanto, en aquello que toca y mueve al interlocutor, nos dice el nuevo *Directorio para la catequesis*.

Hacer vida la dimensión social del *kerygma*: el cuidado de la «casa común» y de la «familia» que la habita.

Para ello hemos de ponernos a la escucha de las necesidades de nuestra sociedad en la perspectiva del bien común e iluminados por la Doctrina Social de la Iglesia.

Las encíclicas sociales del papa Francisco *Laudato si'* y *Fratelli tutti* desarrollan el capítulo IV de *Evangelii gaudium*, en continuidad con toda la Doctrina Social de la Iglesia. Por ejemplo, en *Fratelli tutti*, desde el anuncio «todos sois hermanos» (Mt 23, 8) se nos hace una propuesta de fraternidad universal y amistad social desde la referencia del Buen Samaritano. Nos propone construir un «nosotros», que en sucesivos círculos va más allá, desde lo local a lo universal, en el ejercicio de la amistad social y la caridad política.

La Doctrina Social precisa testimonio personal, pero sobre todo necesita un pueblo que la encarne y la ofrezca a la sociedad en la que vive como experiencia al menos germinal.



**2** Preguntémonos personalmente y hablemos de ello: ¿Nuestra implicación en la pastoral y en apostolado la vivimos por una opción personal motivada por un gusto propio o como respuesta a una llamada y mandato del Señor? ¿Damos un tiempo o damos nuestra vida?

**3** Revisémonos personal y comunitariamente: ¿de verdad hemos asumido y hecho nuestros los criterios expresados en *Evangelii Gaudium* y en *Gaudete et Exultate* y en los demás documentos magisteriales que nos están urgiendo a una profunda y verdadera renovación pastoral? ¿En qué se nos nota? Digamos cosas concretas.

**4** Aunque en encuentros sucesivos vamos a hablar más en profundidad de este tema precisamente, preguntémonos ahora en general: ¿Estamos en nuestra parroquia caminando de modo sinodal? ¿La gente, desde fuera, percibe que estamos caminando juntos? ¿Cómo discernimos y tomamos decisiones en la comunidad parroquial? ¿Hasta qué punto nos hemos integrado en el itinerario y estilo sinodales que en estos años ha puesto en marcha la Diócesis de Jaén?

**5** ¿En serio estamos dando pasos en nuestra comunidad para hacer posible una verdadera renovación pastoral de la parroquia? ¿Qué cosas seguimos haciendo así porque “siempre se han hecho” y deberíamos dejar de hacer, aunque nos cueste, porque en lugar de favorecer la caladura del Evangelio en la sociedad de hoy la dificultan? ¿Qué cosas (actividades, formas, horarios, lenguaje...) hemos empezado a hacer de otro modo (o estamos convencidos de que

tenemos que empezar a hacer), porque nos damos cuenta de que la situación nos está obligando a reinventarnos para que el Evangelio llegue a todos? Seamos muy concretos en este diálogo: no basta con hablar de cosas genéricas.

### 3) Plan de acción

Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo.  
El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene...,  
pues en él vivimos, nos movemos y existimos.  
(Hch 17, 23. 28)

#### 1. Algunas claves para la misión evangelizadora hoy.

##### Anunciar al Dios encarnado

La mirada sobre el contexto cultural y social y la visión que nos ofrece la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia nos sitúan como Iglesia que, a pesar de su pequeñez y miseria, se reconoce enviada por el Señor a anunciar la Buena Nueva a nuestros contemporáneos. Somos los testigos de Jesucristo en la sociedad española del siglo XXI. Nuestros conciudadanos necesitan llenar su vida de sentido, de esperanza, de amor; en definitiva, de Dios. A veces lo explicitan y otras veces no, pero están sedientos de sentido, compañía y plenitud que solo Dios puede ofrecer.

*El mensaje central que hemos de comunicar hoy es que Dios existe. Afirmar que Dios existe y es bueno creer en Él. Anunciar que Dios nos ha manifestado su rostro en Jesucristo. Y su presencia nos ayuda a comprender mejor la realidad, pues forma parte de la realidad. La presencia de nuestro Dios encarnado, que se manifiesta en la historia, nos ayuda a interpretarla mejor y a colaborar en los pasos adelante de la propia vida histórica de los pueblos. El hombre es «capaz de Dios» y Dios ha querido salir al encuentro de cada persona. La Iglesia ha de ser «tienda de campaña» que facilite este encuentro.*

Las búsquedas permanentes del corazón humano hablan de su insaciable inquietud. Incluso «los nuevos derechos», esos que el progresismo cultural promueve, hemos de reconocer que nacen de exigencias profundamente humanas. La necesidad afectiva, el deseo de maternidad y paternidad, la solución al dolor y a la muerte, la búsqueda de la propia identidad y de sentido... Cada uno de estos pretendidos nuevos derechos, que tantas veces nos parecen rechazables, hunden sus raíces en el tejido más profundo de cada existencia humana. Por eso tienen atractivo. Y la Iglesia tiene un anuncio bueno que hacer: que los vínculos no disminuyen la libertad y el amor la ensancha. Y que, cuando se produce un desposorio entre libertad y amor, misteriosamente surge la alegría, aun sin buscarla.

Hemos de hacer este anuncio con audacia y esperanza. Dios nos sale al encuentro, la fe en Dios es razonable y el corazón humano está inquieto y con sed.

Unas palabras de Benedicto XVI en su discurso al Pontificio Consejo para los Laicos de 25 de noviembre de 2011 nos iluminan:

Pero ¿cómo despertar la pregunta sobre Dios, para que sea la cuestión fundamental? (...) La cuestión sobre Dios se despierta en el encuentro con quien tiene el don de la fe, con quien tiene una relación vital con el Señor. A Dios se lo conoce a través de hombres y mujeres que lo conocen: el camino hacia él pasa, de modo concreto, a través de quien ya lo ha encontrado. Aquí es particularmente importante vuestro papel de fieles laicos (...). Estáis llamados a dar un testimonio transparente de la importancia de la cuestión de Dios en todos los campos del pensamiento y de la acción. En la familia, en el trabajo, así como en la política y en la economía, el hombre contemporáneo necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que con Dios o sin Dios todo cambia.

Pero el desafío de una mentalidad cerrada a lo trascendente obliga también a los propios cristianos a volver de modo más decidido a la centralidad de Dios. A veces nos hemos esforzado para que la presencia de los cristianos en el ámbito social, en la política o en la economía resultara más incisiva, y tal vez no nos hemos preocupado igualmente por la solidez de su fe, como si fuera un dato adquirido una vez para siempre. En realidad, los cristianos no habitan un planeta lejano, inmune de las «enfermedades» del mundo, sino que comparten las turbaciones, la desorientación y las dificultades de su tiempo. Por eso, no es menos urgente volver a proponer la cuestión de Dios también en el mismo tejido eclesial. ¡Cuántas veces, a pesar de declararse cristianos, de hecho, Dios no es el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida! La primera respuesta al gran desafío de nuestro tiempo es, por lo tanto, la profunda conversión de nuestro corazón, para que el bautismo que nos ha hecho luz del mundo y sal de la tierra pueda realmente transformarnos.

Como expresión del encuentro entre la fidelidad a la misión recibida y la novedad de nuestra época surgen algunas claves o puntos de referencia que nos ayudan a situar nuestro discernimiento y a elegir nuestras prioridades y acciones.

### 1.1. Anunciar al Dios revelado en Jesucristo e iniciar en la relación con este Misterio acogedor que nos sostiene

Hemos de ser testigos de Dios y maestros de la fe ante el empobrecimiento espiritual y las nuevas búsquedas de espiritualidad, desde la convicción de que el ser humano es capaz de encontrarse con Dios. El sentido de la trascendencia y la necesidad de un sentido de la propia existencia han de ser escuchados para ofrecer esta presencia.

También hemos de enseñar a rezar, a vivir la relación con Dios y a recordar la verdad más profunda del ser humano: que Dios lo ha creado y lo mantiene en la existencia. Ayudar a redescubrir que el hombre está llamado a la unión con Dios. Solo hallamos nuestra identidad profunda desde el encuentro con Dios.

## 1.2. Proponer a Jesucristo vivo y facilitar el encuentro con quien «da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»

En este encuentro se desvela quiénes somos y cuál es la vocación que descifra nuestro misterio. Surge así una propuesta de vida buena, unos principios morales fundamentales que hemos de ofrecer desde el testimonio personal y comunitario en la cultura dominante, relativista e individualista, que ha aprendido a vivir «como si Dios no existiera».

El anuncio de la Palabra de Dios, la presencia de la Iglesia-sacramento y la oferta de gracia de los sacramentos de la Iglesia han de ayudar a este encuentro vivo con el Salvador.

## 1.3. Ofrecer el testimonio de vida fraterna y entregada en la familia y la comunidad cristiana y de amistad civil en la vida ciudadana

Ante la desvinculación, la desconfianza y la liquidez de la vida del ser humano, estamos llamados a testimoniar el valor de la comunión y de los vínculos. Para ello hemos de cultivar el vínculo fundante y la unión con la fuente de la entrega y de la comunión. Es preciso celebrar la eucaristía como la fuente y la cumbre de la vida cristiana y de la vida de la Iglesia, y el sacramento de la reconciliación como el encuentro con Cristo que libera del pecado, de la esclavitud más radical.

## 1.4. Hacer de la comunidad cristiana ámbito de escucha y encuentro, así como cauce de comunicación profunda

El ser humano es relacional, comunicativo, dialogal. La experiencia de una comunidad cristiana responde a esta búsqueda, a este deseo profundo hoy devaluado en el «enjambre digital». La comunidad cristiana es relación profunda, comunicación de espíritus. Nuestras comunidades cristianas tienen que ofrecer la posibilidad de vivir esta experiencia. Ser comunidad significa haber dado el paso del yo y del tú hasta el nosotros; significa compartir, hacer propias las situaciones de los otros miembros del grupo. Ser comunidad es identificarse todos los miembros del grupo con un proyecto común. Ser signo e instrumento de la fraternidad en medio del mundo.

## 1.5. La actividad de la Iglesia en todas las personas e instituciones ha de ser una expresión del amor de Dios

Un amor recibido, compartido y ofrecido, que busca el bien de la Iglesia y el bien de toda persona que encontremos en nuestro camino, y que hemos de transmitir con particular empeño. El papa Francisco nos pide que vivamos como una Iglesia que sale para hacerse prójimo, que acoge como un hospital de campaña y ejerce la



caridad política y la amistad civil. Es así solidaria con el sufrimiento humano y testigo de la misericordia de Dios en la actual crisis económica y ante el fenómeno migratorio.

### 3. Cuatro itinerarios preferentes en nuestras acciones pastorales

#### 3.1. Primer anuncio, manifestación explícita de la fe a quienes no conocen a Cristo

Con este itinerario queremos reafirmar que la propuesta cristiana sigue siendo hoy imprescindible para la liberación de las personas y para la humanización de la sociedad, también en este tiempo caracterizado por la indiferencia y el desconocimiento de la persona de Jesús. Constituye un tesoro no reservado exclusivamente para las personas creyentes; por el contrario, lejos de reservarlo para nosotros mismos, nuestra misión es compartirlo desde la experiencia y el testimonio personal y comunitario.

Asimismo, pretendemos ayudar a redescubrir la necesidad de estar presentes en los espacios públicos y escuchar la vida de las personas para acompañarlas en sus anhelos y necesidades y anunciar el *kerygma* con lenguaje adecuado a aquel con quien se dialoga.

La evangelización es la razón de ser de la Iglesia. No puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización (EG, n. 110). La esencia de la misma está en anunciar «Dios te ama» (ChV, n. 112), «Cristo te salva» (ChV, n. 118) y «Él vive» (ChV, n. 124), experimentando la acción del Espíritu Santo, que es quien «mantiene viva esa experiencia de salvación» (ChV, n. 130).

El primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se contente con poco, sino que pueda decir plenamente: «Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 20) (EG, n. 160).

#### 3.2. Acompañamiento, procesos de acogida de personas que, en camino de búsqueda, desean vincularse más fuertemente a la Iglesia

Con este itinerario deseamos insistir en la importancia que tienen para la acción misionera los procesos de crecimiento en la fe, donde se conjuga la fidelidad a la verdad con la acogida de la realidad existencial de cada persona, en una actitud que exprese la caridad del Buen Pastor. Asimismo, queremos resaltar que los procesos de acompañamiento requieren de comunidades de acogida que nos ayuden

a todos, acompañantes y acompañados, a discernir y a integrar las diferentes dimensiones de nuestra vida en el seguimiento de Jesús y a acercarnos a los sacramentos. El servicio de acompañamiento ha de ser visto, ante todo, como una vocación personal que debe ser desarrollada allí donde estemos.

El acompañamiento es expresión del ser materno y fraterno de la Iglesia. Todos podemos ser acompañantes y todos hemos de ser acompañados. Acompañar es cuidar del otro. La necesidad de acompañar recoge muy bien el sentir pastoral de esta época porque pone en acción la misión que ha recibido todo creyente, hacer presente al Señor y anunciar su Reino, mediante una relación caracterizada por la hospitalidad, la pedagogía y la mistagogia. El acompañamiento se ejerce en todas las situaciones e instancias de la vida y puede ejercitarse de forma ambiental, grupal y personal. Al mismo tiempo, el hecho de abrirnos al acompañamiento provoca en nosotros un encuentro personal con Cristo, que se nos revela en la persona acompañada, a través de la cual nos llama, nos interpela, nos ilumina. En nuestro contexto histórico el acompañamiento personal adquiere un gran protagonismo.

En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez, obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos –sacerdotes, religiosos y laicos– en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Éx 3, 5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana (EG, n. 169).

### 3.3. Procesos formativos: progresiva identificación personal con Cristo que nos conduce a ir dando forma a toda nuestra vida, configurándola con Él

Con este itinerario buscamos animar procesos formativos de carácter integral y permanente que ayuden a la unión fe-vida, presupuesto imprescindible para desarrollar la misión a la que están llamados los fieles laicos e instrumento para poder dar razón de la esperanza en un camino de búsqueda permanente.

La formación, inherente a la vida espiritual, es elemento imprescindible para la vivencia de la fe y premisa del testimonio y del compromiso público. Al mismo tiempo, constituye una de las urgencias de la Iglesia sinodal y misionera. La formación ha de ser permanente (abarca todas las edades y todos los estados) e integral y deberá ayudar a descubrir y a cultivar la vocación propia y capacitar para la misión. La formación compartida en la comunidad es un camino de futuro para la Iglesia sinodal.

Todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio

más claro del Evangelio. En ese sentido, todos tenemos que dejar que los demás nos evangelicen constantemente; pero eso no significa que debamos postergar la misión evangelizadora, sino que encontremos el modo de comunicar a Jesús que corresponda a la situación en que nos hallemos. En cualquier caso, todos somos llamados a ofrecer a los demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros. Nuestra imperfección no debe ser una excusa; al contrario, la misión es un estímulo constante para no quedarse en la mediocridad y para seguir creciendo (EG, n. 121).

3.4. Presencia misionera en la vida pública:  
compromiso de transformación evangélica de la realidad desde el que,  
además, se da testimonio de fe ante quienes no conocen a Cristo

Con este itinerario deseamos impulsar la dimensión social e institucional como verificación de la propia vocación y promover la Iglesia en salida, que existe para evangelizar en el mundo. La evangelización es fuente de liberación y promoción de la dignidad de toda persona y tiene en la «cultura del encuentro» la clave de aproximación a la realidad.

El compromiso transformador de la realidad es inherente a toda la Iglesia. Toda persona bautizada, cualquiera que sea su vocación, vive la misión desde la eclesialidad y la secularidad. El fiel cristiano laico concreta de manera propia y particular estas dos dimensiones. En este sentido, la presencia en la vida pública adquiere gran importancia en la vivencia de la vocación laical.

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28, 19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. Esta convicción se convierte en un llamado dirigido a cada cristiano, para que nadie postergue su compromiso con la evangelización, pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones. Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG, n. 120).

6 ¿Nos sentimos identificados con estas claves? ¿Las estamos viendo de modo efectivo y concreto o son solo una bonita declaración de intenciones? Ponemos algunos ejemplos concretos.

7 Anunciar el Evangelio > acompañar a quienes lo han escuchado > ofrecer procesos de crecimiento a quienes se hacen discípulos > promover que los discípulos se hagan misioneros en el mundo. En estos cuatro momentos sucesivos estaría la columna vertebral de la acción pastoral de la parroquia. ¿Estamos haciendo el esfuerzo de dibujar en la parroquia este proceso marcado por los cuatro itinerarios preferentes? ¿Estamos convencidos de que todas las demás tareas pastorales deberían integrarse en esta línea fundamental?